
School of Barbiana, *Letter to a Teacher*. Penguin Books. Middlesex, England, 1970.

Este libro ágil, emotivo, de fácil lectura, que tiene por autores a varios muchachos entre 14 y 16 años de edad, resulta interesante no tanto por lo que explicita, sino más bien por lo que deja entrever en materia de valores; tanto de aquellos que, al parecer, siguen transmitiendo muchas instituciones escolares actuales como de los que debieran ser propuestos en un nuevo tipo de educación ya experimentado por estos niños.

Los autores son hijos de familias campesinas italianas. Todos fueron rechazados en un momento o en otro por el sistema escolar oficial. De no haber mediado el Padre Milani y su escuela, el destino de todos ellos, como lo es el del 80% de los hijos de campesinos, habría sido volver a trabajar en el campo sin haber terminado los 8 años de educación obligatoria. En la Escuela de Barbiana los alumnos mayores dedicaban parte de su tiempo a enseñar a los menores. Todos los alumnos tenían un horario de trabajo escolar de 8 horas diarias, incluso los domingos. La Escuela constaba de un cuarto amplio con pizarrón y gises, una mesa, unos cuantos libros usados y muchos maestros voluntarios.

Cuando murió el P. Milani, se cambió la escuela a Calmazo. Algunos antiguos alumnos y amigos pusieron ahí una *do-poscuola* para jóvenes y adultos.

* * *

El libro consta de tres partes. La primera es una crítica al sistema escolar formal italiano, y en gran parte universal. La segunda parte es un análisis

estadístico llevado a cabo por los mismos alumnos de la relación entre el sistema escolar y la estructura social italiana. Por último, los autores hacen una propuesta de reforma del sistema escolar tradicional.

La primera parte revela claramente un agudo conflicto de clases, que se hace explícito y, lo que es importante, se fundamenta. Lo más interesante es que aunque la carta está dirigida a una maestra típica, los autores dejan traslucir su rencor hacia la estructura global y hacia el sistema. Impugnan las diferencias entre la educación urbana y la rural, y el hecho de que los pobres reciben una educación muy deficiente. "Su escuela (la tradicional) no es una escuela verdadera. Es un hospital que atiende a los sanos y rechaza a los enfermos. Se convierte en un mecanismo que fortalece las diferencias existentes..." (p. 24). "Lo más enajenante de su escuela es que es un fin en sí misma. Para ser un estudiante feliz, hay que ser ambicioso socialmente desde los 12 años... Tras del diploma a que todos aspiran hay sólo el deseo de un beneficio personal" (p. 27). Por más reformas que se le hagan, la escuela sigue siendo una institución hecha a la medida de "aquellos que pueden obtener cultura en su casa y que van a la escuela a coleccionar diplomas" (p. 31).

La segunda parte, el análisis estadístico, empieza con la afirmación de que los maestros no conocen los problemas de la educación italiana. Hacen notar los autores que estudios como los que ellos han hecho no los hay en Italia o que si los hay nadie puede obtenerlos.

Sus análisis están calculados con base en datos estadísticos brutos. Comienzan con la pirámide escolar de

todo el sistema educativo. Hacen después un seguimiento de los alumnos que nacieron en 1951: cuántos han desertado, cuántos reprobado. Dividen a los desertores de acuerdo con el trabajo de sus padres, y descubren que el 79% de los hijos de campesinos desertan en el periodo comprendido entre enseñanza primaria y media, frente a la deserción de sólo el 1.4% de los hijos de profesionistas e industriales. Algo similar sucede con los reprobados. Y la situación se agrava si se trata de egresados de universidades.

Pasan a hacer notar que la educación en realidad la pagan los pobres: "En Italia, se cobra hasta el último centavo del impuesto sobre los bienes de consumo, mientras que el impuesto sobre la renta es risible" (p. 60). La causa de todo está, para los autores, en los intereses de la clase dominante que se caracterizan por el egoísmo. "Es una clase que no ha dudado en establecer el fascismo, el racismo, la guerra, el desempleo. Si fuera necesario 'cambiar todo para que nada cambiara', no duraría en aceptar el comunismo" (p. 65).

El 8.1% de los egresados universitarios provienen de la clase obrera. Sin embargo, son totalmente cooptados y pronto se incorporan a las élites. El resultado: los egresados universitarios, en un 100%, pertenecen a la clase dominante. Y éstos son los que integran los partidos políticos. Por consiguiente, los elegidos "para hacer nuevas leyes son los mismos que estaban conformes con las leyes antiguas. El Congreso está formado en un 77% por graduados de universidades. Se supone que representan a los que votan. Pero entre los que votan, sólo el 1.8% tiene título universitario" (p. 66).

Por último, los muchachos pasan a hacer su propuesta de reforma. La engloban en tres puntos:

1) No debe ser reprobado ningún estudiante. A los maestros deberían pagarles a destajo: x cantidad por cada niño que aprenda bien. O mejor aún, se les debería aplicar una multa por cada alumno que no aprenda. Así el maestro se esforzaría porque el niño adelantara. "Si necesitan un látigo, yo se

los puedo facilitar; pero tiren la pluma sobre el libro de calificaciones. Esta pluma dejará su marca todo el año. La huella del látigo desaparece al día siguiente" (p. 70). Ningún niño nace sin poder aprender, y eso se ha comprobado en Barbiana.

2) La enseñanza debe ser una ocupación de tiempo completo. "Mientras la escuela siga sirviendo a intereses de clase que rechazan al pobre, la única manera de romper el sistema es mediante la creación de *doposcuolas* que a su vez rechacen a los ricos" (pp. 70-71). La *doposcuola* debe crear un ambiente comparable al del hogar del niño rico, utilizando —jamás destruyendo— la cultura del niño pobre. Una escuela de este tipo cuesta muy poco: sólo requiere gises, algunos libros usados, cuatro muchachos mayores que enseñen y de vez en cuando un conferencista que hable de cosas nuevas. El resultado de esta medida será dar a los pobres los instrumentos para luchar por sus intereses de tipo político. Sus presiones crecientes harían cambiar el estado de cosas.

3) La meta última de la educación es la entrega a los demás. "En este siglo, ¿hay mejor muestra de entrega que la militancia en la política, los sindicatos, las escuelas?... Ha llegado el momento de luchar contra las diferencias de clase, el hambre, el analfabetismo, el racismo y el colonialismo" (p. 79).

La meta inmediata de la educación es que el estudiante se haga entender y entienda a los demás.

La cultura que se transmite en la actualidad es una cultura falsa. Está fabricada por el 1% de la población. No se enseña la cultura obrera y campesina. Se despoja al individuo de su capacidad de comunicación con el 99% de la población a que pertenece, y con esto se destruye su cultura. El pobre no puede expresarse. El rico, por otra parte, desconoce la realidad tal cual es.

Los autores proponen específicamente una "Escuela de servicio social" que aceptaría a muchachos entre 14 y 18 años. "Estaría abierta a cualquiera que ya haya decidido dedicar su vida a los demás. La misma escuela podría

servir para sacerdotes, maestros de primaria, trabajadores sindicalizados, políticos... Tendría un año adicional para especialización" (p. 93).

Critican el *currículum* actual de la normal inferior italiana y proponen el propio, más enfocado a desarrollar la habilidad de transmitir conocimientos que a impartir el conocimiento mismo; y, además, más actualizado.

El libro-carta termina con lo que constituiría una buena respuesta a los autores. El final es, a la vez, un intento de reconciliación al esperar una respuesta así: "No todas las maestras son como la señorita a quien ustedes se dirigen. No se vuelvan racistas también ustedes" (p. 112).

* * *

Lo que más ha llamado la atención de este libro es su estilo. No usa adjetivos. No tiene secuencia lógica. Los comentarios son explícitos y directos.

Paranosotros resulta más interesante el hecho mismo, como producto de la Escuela de Barbiana. Obviamente, la Escuela fue eficaz en transmitir valores cooperativos, de entrega. Obviamente también, fomentó el diálogo y la capacidad de crítica, despertó la creatividad. Y, sobre todo, creó conciencia y, posiblemente, una búsqueda sincera de liberación.

Las propuestas se encuentran a lo largo de la carta, y son una mezcla in-

forme de planteamientos de reformas curriculares, metodológicas, administrativas y valorales. Muchas son valiosas, aunque ninguna innovadora. Y esto es lo que más sorprende.

La aspiración de estos muchachos es que cambie el sistema escolar internamente; pero estudios serios demuestran que un cambio meramente interno del sistema educativo no resuelve los problemas fundamentales. Los autores aún tienen la esperanza de expandir los beneficios del sistema. Para ellos la existencia de la Escuela de Barbiana no sería necesaria si se adoptaran las propuestas que hacen. Su crítica no los lleva a plantear cambios fuera de la escuela; no perciben aún la necesidad de un cambio estructural. Por consiguiente, no advierten la importancia de asignar a la educación un papel político, es decir, una función en el cambio social.

Quizá sea mucho esperar de éste que es un primer intento. Los muchachos siguen trabajando. Y lo que la Escuela de Barbiana logró con ellos puede extenderse a otros campos. En otras palabras, parece que esta experiencia inadvertidamente ha sentado las bases de una transformación humana, que a la larga podría inducir modificaciones en las estructuras sociales externas al sistema de escolaridad formal.

Sylvia Schmelkes de Sotelo,
Centro de Estudios Educativos.